

# ROMANTICISMO

por LUIS ARAUJO COSTA

**S**E propone don Eduardo Aunós publicar un libro sobre dandismo y romanticismo, y de él nos anticipó un fragmento al clausurar el Aula de Cultura en el curso recientemente acabado. Es don Eduardo Aunós uno de los espíritus más sólidos y delicados de la generación actual, y él vuelve a poner de moda el romanticismo en los aspectos y cualidades que le dan valor, consistencia y cauce de ejemplaridad.

La manera de ser romántica escapa al Logos, a la regla, a los dictados, muchas veces imprescindibles, de la razón. El sentimiento y las pasiones vienen, para dicha teoría, antes que el sano equilibrio de la inteligencia. La moral no sale bien parada, en cuanto se justifica y se exalta la pasión, el amor sin límites a cosas y seres finitos, el imperio del placer y de la sensibilidad sobre todo precepto de ética, retórica y conveniencia literaria y social. Víctor Hugo, en el prefacio de *Cromwell*, que fué el código del romanticismo, rompe con la tradición literaria del gran siglo francés; hace a todas las palabras iguales, sin distinción de términos nobles y voces plebeyas, coloca «un gorro frigio al viejo diccionario» y presta a las letras y aun a las costumbres aquellos principios y prácticas de la Revolución política que llevó al cadalso a Luis XVI y puso en conmoción a Europa desde 1789 hasta los años del Congreso de Viena.

El romanticismo diríase, por su naturaleza, disociador. De él salió, en mucha parte, el liberalismo político del siglo XIX, y el naturalismo de Zola quizá no se hubiera producido nunca a no haberse impuesto el huracán romántico a la literatura, a las Bellas Artes y a las costumbres. Pero no todo en el romanticismo es negación, blasfemia, piqueta destructora y rebeldía ante los principios sanos de la razón, la moral y la belleza. El romanticismo corrige las taras de un clasicismo decadente y estrecho, abre al alma nuevos horizontes, trae al pulmón aires salutíferos de regiones que los clásicos decadentes quisieron ignorar. Romanticismo, en su esencia, vale tanto como desinterés, altruísmo, renuncia, valoración positiva de los imponderables, generosidad, culto a la Edad Media y a la amplitud de su espíritu creador, delicadeza en el sentir, amor, poesía, incorporación de los sentimientos a ideales levantados... La misma historia fué romántica a partir de Walter Scott, y a tal propósito dice Menéndez y Pelayo, en su discurso de recepción ante la Real Academia de la Historia, en 1883: «Sacudieron su manto de polvo las abadías y las torres feudales; tornó a arder un monte de leña en la cocina del señor sajón, mal avenido con la servidumbre de su raza; volvió a correr la tierra el maniferro Goetz de Berlichingen, terror del Obispo de Bamberg y esperanza de los aldeanos insurrectos; coronóse de lanzas y de alborotada muchedumbre de croatas, arcabuceros y frailes el campamento de Wallenstein; repitieron las gaitas de los *highlanders* escoceses la marcha de combate; resonó en los lagos de Suiza el juramento de los compañeros de Stauffacher; cayó el Innominado a los pies del Cardenal Federico, y se alzó en el lazareto de Milán la bendita figura de Fra-Cristóforo. Se dirá que fueron arte híbrido, arte de transición, el drama y la novela históricos; pero ¡dichoso el arte que tal sangre vino a infundir en el cuerpo anémico de la Historia!»

Vuelve el romanticismo a reconocer la grandeza del estilo gótico. Sabido es que el siglo XVIII lo desdeñaba, y al coronar y ungir a Luis XVI, en la vieja catedral de Reims, se cubrieron con una

decoración de madera de traza neoclásica las esbelteces medievales del templo. Los románticos vuelven al gusto y veneración del gótico y hasta exageran el concepto. Para Viollet-le-Duc no cabía otra expresión arquitectónica, y su escuela produjo en todos los países una manera de pensar, de hacer y de sentir ya en el extremo contrario, tan vicioso como el anterior. Sin el romanticismo de Víctor Hugo y sin la novela famosa *Nuestra Señora de París* es posible que los arquitectos y los historiadores del arte no se hubieran entregado a la pasión de lo que llamaba la Edad Media *opus francigenum*. Ni la coronación de Luis XVI, cubriendo las paredes y pilastras góticas con madera; ni el ardor exaltado de Viollet-le-Duc, moda de unos lustros al iniciarse el último cuarto del siglo XIX, pueden considerarse como direcciones razonables.

¿Qué podemos aprovechar hoy del romanticismo? ¿Hemos de volver a la totalidad de sus teorías, de sus alcances y de su historia? ¿Hasta qué punto puede renovarse una moda de ayer? Del romanticismo tan español, tan mezclado a nuestras tradiciones del siglo de oro, hemos de aprovechar y exaltar en todo instante el renacimiento religioso que simboliza en su obra Chateaubriand, particularmente en *El genio del cristianismo*. Se impone la rehabilitación de Chateaubriand como pensador, como literato y como político. La labor hemos de dejarla a los franceses. Nosotros, aquí, en la sublime realidad romántica española, hemos de exaltar el tesoro de las leyendas, de los romances, de las obras dramáticas que llevaban a los escenarios del XVII las gestas y las nobles tradiciones del pasado nacional. Porque uno de los modos en que el romanticismo ejerció sus normas sanas fué aquel bucear en el alma de los pueblos para encender la luz de la conciencia en una proyección hacia el ayer. El método no difiere del empleado por Walter Scott, y aquí toma bríos tratándose del Duque de Rivas y de Zorrilla. Con los relatos de Cristóbal Lozano da el último unas cuantas enseñanzas de alma española. Es en el orden de la cronología el postrer gigante de la épica que inicia el *Cantar de Mio Cid* y alcanza en el romancero expresión popular. No iremos mal

al romanticismo siguiendo a Zorrilla como a guía, señor y maestro. El puede ser en estos achaques del alma el Virgilio seguro de los nuevos Alighieris.

Romanticismo de la mejor vena hispánica es el de las Orientales. Para Víctor Hugo fueron algo importado a la inspiración vernácula. Para Thomas Moore, soñando paraísos de Persia, significó un escape a horizontes más claros y luminosos que los habituales hiperbóreos de las Islas Británicas. Zorrilla, por el contrario, operaba sobre materia viva del jardín español. Ha de conocer el poeta a Wáshington Irving; pero sus fuentes principales están en Ginés Pérez de Hita, en don Diego Hurtado de Mendoza, en los romances fronterizos de moros y cristianos. Con verbo de ensueño, que a las propias huríes habría de conmover, y una música de palabras y de ritmos a que ha de rendirse todo español con sentido y sensibilidad de su lengua, Zorrilla nos da en *El poema de Granada* y en las *Orientales* un trozo de la España musulmana en la grandeza de una poesía muy ligada desde hace siglos a nuestro ser como nación. Todo ello es Edad Media y es romántico. En los *Cantos del trovador* y las octavas reales de su prólogo, sin parigual en castellano—a pesar de Garcilaso y algunas escogidas de Ercilla—, revive, ya la Europa sombría de los burgraves, ya el tono y el misterio de las cortes de amor, ya el culto rendido a la mujer, ya el recuerdo de otras edades en las torres derruidas de Fuensaldaña y Muñón. Otras veces es un episodio de Sancho III el Mayor, de Navarra, que en su tiempo llevó Lope al teatro; una *Cantiga* de Alfonso el Sabio por el poeta romántico, incorporada a la familiaridad de las cosas que nadie desconoce; la leyenda toledana *A buen juez, mejor testigo*; las intrigas, los partidos, las asechanzas y las narraciones del romancero sobre el fratricidio de Montiel, y el cambio de dinastía en Castilla a poco de mediar el siglo XIV.

Si es romanticismo meterse de bruces en el alma española e ir examinando las bellezas de la más elevada poesía, y todos los heroísmos, generosidades y virtudes de que es pródiga nuestra raza, bien venido sea una y mil veces el romanticismo a las ideas, al corazón y a las costumbres. La integridad del ser humano no se ha

limitado nunca, ni puede limitarse, a la sola razón, al intelectualismo hacedor de sistemas. Más que la pura inteligencia consiguen los effluvios del alma en la voluntad de amor cuando queremos incorporarnos a la verdad de Dios, del mundo, de las cosas, del propio espíritu... Y en este retorno a lo romántico que patrocina don Eduardo Aunós, bien podemos seguir a Zorrilla en una exaltación de fe y de patria.

EL  
QUE HACER  
Y LOS DÍAS